



GUILLERMO SACCOMANNO

Un maestro

Una historia de vida y de lucha



BIBLIOTECA
SACCOMANNO

booket

Guillermo Saccomanno

Un maestro

*Una historia de lucha,
una lección de vida*



1

Cuando se acercaron las elecciones con mi padre salimos a cazar. Cazábamos por deporte y también para comer, porque yo las liebres las vendía. Tenía catorce años y me había comprado una carabina de precisión para no perder balas. Mi padre me dijo: «Mirá, me vas a acompañar de caza para la campaña electoral». A mí me pareció raro eso. «Ya te voy a explicar», me dijo. Nos metimos en una estancia y pedimos permiso para que nos asignaran un campo. Nos mandaron donde no había hacienda para no pegarle un tiro a una vaca. Íbamos a cazar. Pero no cazábamos nada. Mi padre se colgaba la escopeta en la espalda y caminaba. «¿Por qué no tirás?», le preguntaba. «Ya vas a ver.» A la tardecita nos fuimos a la matera donde estaba toda la peonada y mi padre empezó a hablar. «¿Van a votar como el patrón?», preguntaba. Así hicimos campaña política en el corazón de las estancias. Al principio los paisanos nos miraban. Después prestaban atención.

Esas veces que yo lo acompañaba por los campos, mi padre me contaba de su vida cuando tenía mi edad. Vivía en un campamento. El campamento era una construcción de chapas. Algunas se disponían perpendiculares y hacían las veces de pared. Otras, apoyadas en el extremo superior y hasta el piso: eran el techo de una sola agua. La chapa se cubría con yuyos para hacer más abrigada la construcción. Adentro, de manera miserable, vivía la peonada. En esos campamentos había que levantarse en lo oscuro y marchar por los caballos. A veces el caballo rodaba al pisar una vizcachera. Y al rodar, el animal podía matarlo a uno. Esa era la vida que llevaban. Y era su vida. Era caballero y también cocinero de la peonada. A los inmigrantes italianos y a sus hijos, aunque tuvieran tierra, no les quedaba otra que emplearse como peones.

Cada arado era tirado por ocho caballos. Como los caballos se cansaban, era necesario cambiarlos. Por eso cada arado tenía tres mudas. A las cuatro de la mañana, en invierno, el caballero debía ir al campo a buscar sus caballos y tenerlos listos para arar apenas amanecía. De noche, si estaba perdido y su caballo era mañero, como el caballo busca siempre la que-rencia, traía al jinete de vuelta al campamento.

Un peón anarquista le había prestado *La madre* de Gorki. Aprendió a leer con esa novela. Lo que tiene su explicación: como en las estancias había más habitantes que en el pueblo, los anarquistas andaban predicando por los campos, transmitiendo sus ideas revolucionarias a los peones. Entonces los

patrones, cuando había elecciones, cerraban las tranqueras para que nadie fuera a votar. Si alguien lograba salir, debía hacerlo a caballo, cabalgando una distancia grande para llegar al pueblo donde votar. Siempre había sido así. Hasta el 45, cuando surgió el peronismo. «Perón nos abrió los ojos», contaba mi padre. Fue una revancha. «Corten los alambres, rompan las tranqueras», alentó Perón. Se precisaba una tijera especial para cortarlos. Los peones salieron de la estancia con tijeras y caballos. Muchos cortaron alambres para ahorrar camino. En esencia, era un ajuste de cuentas. Cuando llegaron al pueblo a votar, ya habían sido denunciados por los patrones. Votaron. Pero apenas votaron los metieron presos. Aunque la policía tuvo que soltarlos al otro día. Quedaron en libertad, pero no pudieron volver a la estancia.

Estaban despedidos.

En su juventud a mi padre le gustaban los bailes. Se escapaba a caballo, paraba en la casa de un amigo, se ponía un traje y rumbeaba hacia el baile. Después del baile, se cambiaba otra vez, dejaba el traje y se iba directo a trabajar al campo. Leguas durmiendo a caballo, así volvía al campo. Después se sentaba en el arado, se agarraba de las palancas y seguía durmiendo. Cuando el arado llega al final de la melga, al final del surco que va abriendo, una rueda cae y eso lo despertaba para poder girar los caballos. Después los caballos seguían solos.

En esa época de los bailes, en Bocayuva, conoció a mi madre. Era doce años menor, hija de un bolichero. Después de que lo echaran de la estancia por peronista, mi padre alquiló un campo. Recién podría comprar una parte, unas ochenta hectáreas, muchos años más tarde. Cuando se casaron, mi

padre tenía treinta y tres y mi madre veintiuno. Por entonces nació yo. Pero mi padre tardó en enterarse. Se encontraba en el campo, detrás de un arado. Y la noticia le llegó días después.

Como mi madre se había creído el cuento de que amamantando no podía quedar embarazada, once meses y veinte días después, nació María, mi primera hermana. Mi abuelo Teófilo la llamaba Ñata. Y como a mí no me salía Ñata la llamaba Yata. Y le quedó. Yata pronunciaba mal Orlando, empezó a llamarme Nano. De ahí mi sobrenombre. Y ocho años después nació Lidia Raquel, la segunda, que llamábamos Titi.

La nuestra era una economía casera. La verdura provenía de la huerta. Los animales se criaban en la granja. Gallinas, patos, pavos, lechones, corderos. Yo me acuerdo de protestar mucho de chico. Comíamos unos corderos que eran manjares. Jamón también. «Otra vez jamón», protestaba yo.

Mi padre se ocupaba del tambo. Se levantaba a las cuatro de la mañana y ordeñaba a mano hasta las ocho. Y después se iba a trabajar el campo. Así diluviara tenía que ordeñar. En tanto, mi madre se encargaba de todo lo que era el criadero. A las ocho pasaba el comprador de la leche. Traía siempre un densímetro. Si la leche no tenía una determinada cantidad de grasa butirométrica, había que tirarla.

3

Las escuelas rurales, en la zona de las grandes estancias, fueron tramitadas por los patrones y se construyeron en el territorio de sus campos, también porque la densidad pobla-

cional de las estancias lo justificaba. El gobierno peronista expropió muchas de estas estancias a las que luego subdividió y entregó en propiedades de 200 hectáreas a los peones rurales. También por problemas de herencias, con las sucesiones, las estancias se fueron subdividiendo y esas escuelas dejaron de ser del dueño, aunque no se les cambiara la denominación.

La escuela a la que me tocaba ir era una de estas. No se encontraba en el predio de la estancia, era una escuela pública, pero la sostenía una comisión de padres medianos propietarios que enviaban sus hijos a ella. Una de las actividades con las que recaudaban fondos era organizar un día de fiesta, cena y baile nocturno, al que mis viejos asistían todos los años. Mis padres nunca dejaron de apoyar económicamente la escuela rural, aunque pensaran que los padres de los alumnos que asistían, en mejores condiciones económicas que la de ellos, bien podían enviar a sus hijos a la escuela del pueblo.

Cuando tuve la edad escolar, la cooperadora de la escuela fue a inscribirnos a mi hermana y a mí, con la seguridad de que asistiríamos contribuyendo a paliar el déficit de matrícula que venía arrastrando. Pero aunque la escuela ya no fuera de los patrones, mi padre se opuso a mandarnos. Dijo que estas escuelas habían sido creadas para educar peones. Y mi madre lo respaldó. Nos enviaron a la escuela del pueblo.

En casa no se almorzaba hasta que nosotros volviámos de la escuela. Mi padre opinaba: «Es feo que haya en la mesa un cubierto sin usar». Más de una vez a nuestra mesa se sentaba un croto que estaba de paso. Y que no se nos ocurriera reprochárselo a mi padre:

«También su padre fue croto alguna vez», decía.

Empecé primer grado en el último año del peronismo. Primer grado lo hice con sus libros. Tenía siete cuando fue el golpe de Estado de la Fusiladora. En la escuela hubo un gran reparto de juguetes. Que habían llegado en el gobierno anterior. Los juguetes eran excelentes, aunque algunos estaban dañados, lo que se explicaba porque habían intentado quitarle todo símbolo justicialista, como la imagen de Evita. Para las niñas había muñecas y reproducciones de máquinas de coser. Para los pibes, autos, herramientas, palas, rastrillos, azadas. También había juegos de habilidad, raquetas con una pelotita. Para nosotros los pibes, los más codiciados eran unos autos grandes fabricados con baquelita, unos trencitos con vagones y unos grandes camiones de madera. A mí me tocó una caja con autos, réplicas de autos de lata y a cuerda. Eran cuatro cochecitos. Hasta entonces yo no había tenido juguetes. Esos fueron los primeros. Al volver a casa con la caja le dije a mi padre: «Mirá lo que me dio la escuela». Mi padre me miró serio: «No te lo dio la escuela», me dijo. «Te lo dio Perón.» Porque mi padre sabía cómo había sido la historia: los juguetes guardados en un aula, repartidos al azar. Sin querer, rompí la cuerda de uno y lloré todo el día.

Fuimos de los primeros en tener una heladera a kerosene. A mi padre le gustaba tomar el vino fresco. Pero un 24 de diciembre, cuando se venía la Nochebuena, la heladera se paró, tuvo un desperfecto técnico. Mi padre se decidió a arreglarla. Yo le leía las instrucciones y él intentaba repararla. El olor del kerosene me descompuso. Fui al baño. Mi padre logró que la heladera arrancase. Oí un estampido. Había estallado una llamarada. Pudo cubrirse la cara con un brazo y protegerse los ojos. Se le veía el hueso. Mi madre corrió a envolverlo con una manta. Y me mandó a buscar

ayuda. Salí corriendo. Era la época de la cosecha y tuve la suerte de cruzarme con un camión que pasaba cargado de cereal. Ayudamos a subirlo a mi padre al camión para que lo llevara al pueblo. Grave como era su quemadura, en Pellegrini no lo podían tratar. Fue trasladado al Instituto del Quemado en Buenos Aires. Pero no había lugar para internarlo. A menos que aceptara someterse a un experimento. Dos médicos jóvenes le ofrecieron hacerle un injerto en el Instituto Médico Antártida. Le injertaron piel de las piernas en el brazo y parte del cuello.

El accidente de mi padre representó una debacle para la familia. Mis padres tuvieron que quedarse en la ciudad y nosotros en casa de unos parientes. El campo, abandonado.

En la escuela del pueblo a mi hermana Yata y a mí nos maltrataban. Éramos los paisanitos. Me puse a estudiar y estudiar. Tenía que salir adelante. Me convertí en un traga. Y si era necesario que me agarrara a piñas, salía a repartir.

Mi madre me llevaba en sulky a la escuela. Al entrar en el pueblo yo le pedía que parase para orinar en la calle. Mi madre me decía: «Tenés que preguntar en la escuela dónde está el baño». Me daba vergüenza. Que me tragara la tierra antes. Por suerte las maestras se apiadaron, me guiaron. Y pude salir adelante entre los hijos de los doctores, los abogados, los figurones de la clase media.

Para mis padres representaba un sacrificio mandarme a la escuela. Comprar la ropa, los zapatos. En nuestra familia, tanto en la de mi padre como en la de mi madre, cuando la ropa nos quedaba chica se las pasaba a mis primos. De igual

forma mis hermanas usaban ropa de mis primas. Y lo mismo hacíamos con los libros.

En cierta forma la escuela era renegar del origen. Y yo me resentía. En quinto grado, a pesar de mi rebeldía, tuve la suerte de que una maestra me ayudara. Pero mi hermana María siguió teniendo dificultades. No aprendía, le costaba expresarse, lloraba con facilidad. Más tarde me di cuenta de que su problema no consistía en que no supiera la lección. Yo sabía que ella sabía porque estudiábamos juntos. No sólo íbamos a la misma escuela. Estudiábamos juntos y estábamos en la misma aula. Aunque en la escuela se hacía una separación bien discriminatoria, los alumnos más inteligentes al A y los otros al B, donde aprenderían lo que pudieran. Mi madre presionó siempre para que estuviéramos juntos. De este modo teníamos la misma maestra, la misma tarea y se facilitaba nuestro aprendizaje. Después de terminar la primaria, mi hermana María no siguió con el secundario. Yo sí lo seguí. Y también Lidia, mi hermana más chica.

Las dos familias, la paterna y la materna, eran profundamente militantes del peronismo. Aunque el caso de mi abuelo paterno era distinto. No era peronista. Tenía un hermano pistolero, Domingo, al que llamábamos Minucho. Este tío abuelo trabajaba para el patrón y los conservadores. Era de andar siempre armado y agarrándose a las trompadas. El tipo trabajaba perdido en el medio del campo y después venía al pueblo, donde otro hermano, Bartolomeo, al que le decíamos Bartolo, tenía una fonda y ahí se chupaban. Cuando se chupaban, los hermanos salían a la calle con revólveres y tiraban al aire para asustar al pueblo simulando un tiroteo. Después volvían a la fonda y seguían tomando. «Para que corran los milicos», se reían. Al rato pasaba la policía corriendo, buscando el tiroteo.

Durante la crisis del 30, muchos del campo se fueron a la Capital. Los conservadores estaban acostumbrados a falsear los resultados de las elecciones. A cambio del voto, daban trabajo a los peones en los suburbios de la ciudad. Mi tío Minucho me contó que cuando trabajaba para los conservadores las urnas se guardaban en una estancia de los Álzaga Unzué, y antes de mandarlas a Buenos Aires, los patrones se juntaban a «capar urnas», como le decían al cambiar los votos. Eso, lo que se llamó el «fraude patriótico». Durante la elección del 45, los conservadores alquilaron un tren expreso para buscar como votantes a los trabajadores que se habían marchado a Buenos Aires. Para garantizar la seguridad en el viaje armaron una banda de pistoleros entre los que estaba Minucho. Cargaron toda esa gente que había abandonado Pellegrini y la trajeron. Serían unos quinientos, lo que en un pueblo de mil quinientos no es poco. En el pueblo los conservadores organizaron un gran asado para los votantes. Cuando el tren se acercaba, se oyeron los tiros. Venían todos chupados, festejando. Gritaban: «Perón, Perón». El pasaje había peronizado a los pistoleros. Y también a Minucho.

Los conservadores ordenaron que el tren retornara a Buenos Aires. Regresó, pero vacío. Así volvió a crecer la población de Pellegrini. Así fue que el peronismo resultó dominante en la zona. Al abrir la urna en la mesa donde mi padre había votado no hubo un solo voto que no fuera peronista. Les pareció que había un pequeño fraude, les faltaba un voto. Y fueron a buscar al fiscal, que era conservador. «¿Y vos?», le preguntaron. El fiscal conservador se encogió de hombros.

Como Minucho era de andar calzado y de pegar fuerte, además de que tenía buenas recomendaciones, empezó a militar en el peronismo.

De viejo, Minucho tuvo conmigo una relación muy compinche. Cuando se emborrachaba, mi abuela me mandaba traerlo: «Andá a buscar al tío que a nosotros no nos hace caso». A mí me hacía caso. Una vez, que estaba jugando a las bochas muy en pedo, le dije: «Tío, tenemos que ir a comer». «Mi sobrino», me presentó. «Me voy a comer porque mi sobrino me vino a buscar», dijo. Tiró el bochazo en curda como estaba. Le erró. Entonces sacó el revólver: «Con esta lo saco». Los jugadores se apartaban asustados. Minucho apuntaba como podía. Hasta que tiró. Y reventó el bochín. Guardó el revólver y nos fuimos a comer. La policía ya no le llevaba el apunte. Todo lo que había que hacer con él era sacarle el arma. Era un revólver italiano, un Corzo calibre 38. Que más tarde me lo terminó regalando.

Minucho había sido un pesado pero nunca había matado a nadie. En ese momento ya había pasado la etapa de la violencia rural. Por esos campos había cabalgado Bairoletto, el bandolero social, que tenía influencias anarquistas y había llegado a robar a La Forestal. Una vuelta, me contaron, Bairoletto le había llevado unos caballos a mi abuelo. Aunque no se trataba exactamente de un cuatreraje. Bairoletto se llevaba los caballos, huía, y después los soltaba sabiendo que el caballo busca la querencia. A la semana los caballos aparecían en el campo de mi abuelo. En aquel momento, la gente tenía una caballada muy grande, porque el arado se tiraba con ocho caballos y había que cambiarlos tres veces al día y lo mismo con la

cosechadora, que llevaba dieciséis caballos. El motor era solamente para hacer andar las zarandas que separaban la semilla. Pero toda la maquinaria pesadísima, con ruedas de hierro, estaba tirada por caballos. A Bairoletto la policía lo persiguió hasta sitiarlo en San Rafael. Bairoletto no tenía perros en el rancho, tenía teros. El perro ladra, así sea una comadreja, ante lo desconocido. En cambio el tero distingue. Si hay un ser humano, grita de una determinada manera. Cuando la policía lo rodeó, Bairoletto se dio cuenta y pudo escapar. La policía entró al rancho y no encontró más que a su familia. Bairoletto cruzó a Chile. Pero tenía una gripe fatal. Lo agarró una nevada en el cruce. Al creer que la policía se había retirado, volvió. Pero la policía acechaba. Lo había cantado uno de la banda, un tal Gazcón, al que quizá la policía le había prometido una amnistía. Se dijo que a Bairoletto lo acribillaron, enfermo, en la cama. Gazcón, el entregador, murió: lo ahorcaron con alambre de púas. Y al segundo de Bairoletto, Salvadori, un hombre que arreglaba molinos, la policía lo cercó no muy lejos de Pellegrini, en Quemú Quemú. Pero se suicidó antes de ser capturado después de un largo tiroteo.

Había mucho de mito en estas historias. Que para mí eran como las historietas. Leía muchas historietas en esa época. Los lunes me iba caminando hasta el pueblo a buscar las revistas a las que mi madre me había dejado suscribir aunque no estaba muy de acuerdo porque dudaba del contenido de estas lecturas. Pero mi padre, terminante, inclinó la balanza a mi favor: «Mirá, que lea algo, cualquier cosa, pero que lea. Después veremos». Así se me abrieron las puertas al *Rayo Rojo* y otras revistas. No me pesaban los tres kilómetros a pata de ida con las revistas viejas que cambiaría con amigos ni los tres kilómetros de regreso en que hacía varios

altos, no por cansancio, sino porque no me aguantaba prolongar más el «continuará».

Me fascinaban todas estas historias. Como las de los ranqueles. Hay que tener en cuenta que la llamada Conquista del Desierto pasó por Trenque Lauquen. Cuando yo era chico, en Junín, que había sido Fortín Federación, todavía quedaba una comunidad de coliqueos. Quedaban guerreros viejos que, según se contaba, se habían pasado a pelear con el ejército.